

gando al volante con una de sus compañeras, y cuyas risas y travesuras divertían á los vecinos. Hacía buen tiempo, y la noche estaba templada pues aun corría el mes de Septiembre. Delante de cada puerta había mujeres sentadas charlando como en una ciudad de provincia en día de fiesta. Observé desde luego á la niña, cuya fisonomía era de admirable expresión y el cuerpo á propósito para estudiarlo un pintor. Era una escena encantadora. Al inquirir la causa de aquella familiaridad en medio de París, noté que la calle no era de tránsito para ningún punto notable y que no debía ser muy concurrida. Recordando la estancia de J. J. Rousseau en aquel sitio, encontré el hotel San Quintín, cuya inferioridad me hizo creer que encontraría allí alojamiento poco costoso, y me decidí á visitarlo. Al entrar en un cuarto bajo, ví los clásicos candeleros de cobre con sus velas, metódicamente alineados encima de cada llave, y me llamó la atención la limpieza de aquella sala, por lo común bastante descuidada en los demás hoteles y que encontré allí acicalada como un cuadro de género: su cama azul, los utensilios, los muebles, todo tenía la coquetería de una naturaleza convencional. La dueña de la fonda, mujer que frisaba en los cuarenta años, cuyas facciones traslucían desventuras, y cuyas miradas parecían como empañadas por el llanto, se levantó y acudió á mi encuentro; le manifesté humildemente el precio de alquiler que podía pagar, y sin extrañarlo al parecer, buscó una llave entre otras muchas y me llevó á las buhardillas, donde me enseñó un cuarto con vista á los tejados y á los patios de las casas vecinas, por cu-

yas ventanas pasaban largos palos con ropa puesta á secar.

No podía darse nada más horrible que aquella buhardilla de paredes amarillentas y sucias, que olía á miseria y llamaba á un sabio á que la habitase. El techo iba bajando con regularidad y por entre las tejas desunidas se veía el cielo. Allí había sitio para una cama, una mesa, unas cuantas sillas; y debajo del ángulo agudo del techo podía colocar mi piano. No siendo bastante rica para amueblar aquella jaula digna de los "Plomos" de Venecia, la pobre mujer nunca había podido alquilarla. Habiendo exceptuado precisamente de la venta de mi mueblaje los objetos de mi uso exclusivo, no me costó trabajo ponerme de acuerdo con mi huésped, y al día siguiente me instalé en su casa. En aquel sepulcro aéreo viví cerca de tres años, trabajando sin descansar día y noche, con tanto gusto, que el estudio me parecía el tema más hermoso, la solución más feliz de la vida humana. La calma y el silencio necesarios al sabio tienen algo de dulce, de embriagador como el amor. El ejercicio del pensamiento, la investigación de las ideas, las contemplaciones tranquilas de la ciencia nos prodigan inefables delicias, indescriptibles como todo lo que participa de la inteligencia, cuyos fenómenos son invisibles á nuestros sentidos exteriores. Por eso nos vemos obligados á explicar los misterios del espíritu valiéndonos de comparaciones materiales. El placer de nadar en un lago de agua pura, entre rocas, árboles y flores, solo y acariciado por una brisa tibia, daría á los ignorantes una imagen bien pobre de la satisfacción

que yo sentía cuando se bañaba mi alma en los esplendores de no sé qué luz, cuando escuchaba las voces terribles y confusas de la inspiración, cuando las nubes verían en mi cerebro palpitante sus raudales emanados de un manantial desconocido. Ver una idea que asoma en el campo de las abstracciones humanas como el sol por la mañana y va remontándose como él, que crece como un niño, llega á la pubertad: se hace lentamente viril, es un goce superior á todos los demás goces terrestres; ó mejor dicho es un placer divino. El estudio presta una especie de magia á todo cuanto nos rodea. La pobre mesa en que yo escribía, con la badana parda que la cubría, mi piano, mi cama, mi sillón, mis demás muebles, todos estos objetos se animaron: se convirtieron para mí en humildes amigos, en cómplices silenciosos de mi porvenir. ¡Cuántas veces les he comunicado mi alma al mirarlos! ¡Cuántas veces, al tender la vista hacia una moldura desechada, he sacado de su contemplación nuevos desarrollos para mis ideas, una prueba ostensible de mi sistema ó de las palabras que me parecían más adecuadas para expresar pensamientos casi intraducibles!

A fuerza de mirar los objetos que me circundaban, encontraba en cada uno su fisonomía, su carácter; hablábame con frecuencia, y si por encima de los tejados el sol poniente enviaba al través de mi estrecha ventana algún resplandor furtivo, se coloraban, palidecían, brillaban, se entristecían ó se alegraban, sorprendiéndome siempre con efectos nuevos. Estos menudos accidentes de la vida solitaria, en los que no

se fijan las preocupaciones del mundo, son el consuelo de los prisioneros. ¿No estaba yo cautivo de una idea, aprisionado en un sistema, pero sostenido por la perspectiva de una vida gloriosa? A cada dificultad vencida, besaba las dulces manos de la mujer de hermosos ojos, elegante y rica, que algún día había de pasar-me la mano por los cabellos, diciéndome con ternura: ¡Cuánto has sufrido, ángel mío! Yo había emprendido dos grandes obras: una comedia que dentro de pocos días debía darme gran fama, una fortuna y la entrada en ese mundo en el que quería volver á presentarme ejerciendo en él los derechos de regalia del hombre de genio. Todos habéis considerado esa obra maestra como la primera equivocación de un joven que sale del colegio, como una bobada de niño. Vuestras pullas han cortado las alas á fecundas ilusiones que desde entonces no se han rehecho. Tú sólo, querido Emilio, has suavizado la herida profunda que otros abrieron en mi corazón. Tú solo admiraste mi "Teoría de la voluntad," esa extensa obra para escribir la cual aprendí lenguas orientales, anatomía y fisiología, y á la que consagré la mayor parte de mi tiempo, obra que, si no estoy en un error, completará los trabajos de Mesmer, de Lavater, de Gall y de Bichat, abriendo un nuevo rumbo á la ciencia humana. Aquí se detiene mi hermosa vida, ese sacrificio de todos los días, esa labor de gusano de seda desconocida de todo el mundo, y cuya única recompensa está tal vez en el trabajo mismo. Desde la edad de la razón hasta el día en que terminé mi bella teoría he observado, aprendido, escrito, leído sin tregua y mi vida ha

sido algo así como un largo encierro de estudiante castigado. Amante afeminado de la pereza oriental, enamorado de mis sueños, he trabajado siempre, resistiéndome á probar los goces de la vida parisien-se. Gastrónomo, he sido sobrio; aficionado á andar y á los viajes marítimos, deseoso de visitar muchos países, y gustándome todavía, como á un chiquillo, hacer rebotar piedras en el agua, he permanecido constantemente sentado, con la pluma en la mano; locuaz, iba á escuchar silencioso á los profesores que daban conferencias públicas en la Biblioteca ó en el Museo; he dormido en mi cama solitaria como un fraile de la orden de San Benito, y sin embargo, la mujer era mi única quimera, quimera que acariciaba y que siempre huía de mí. En fin, mi vida ha sido una antítesis cruel, una mentira perpetua. ¡Júzguese, pues, á los hombres!

A veces mis aficiones naturales se despertaban como un incendio largo tiempo latente. Por una especie de espejismo ó de calentura, yo, viudo de todas las mujeres que deseaba, privado de todo y viviendo en una buhardilla de artista, me veía entonces rodeado de queridas hechiceras. . . . Corría por las calles de París reclinado en los blandos almohadones de un soberbio carruaje; los vicios me corroían, estaba hundido en el libertinaje, queriéndolo todo, teniéndolo todo; en fin, ebrio en ayunas como san Antonio en su tentación. Por fortuna, el sueño acababa por disipar esas visiones devoradoras; al día siguiente la ciencia me llamaba sonriendo y yo le era fiel. Supongo que las mujeres calificadas de virtuosas deben ser con fre-

cuencia presa de esos torbellinos de locura, de esos mismos deseos y pasiones que surgen en nosotros á pesar nuestro. Semejantes desvaríos no carecen de atractivo: ¿acaso no se parecen á esas pláticas de las noches de invierno en que partimos de nuestro hogar para ir á parar á China? Pero ¿qué es de la virtud durante esos deliciosos viajes en que el pensamiento ha traspuesto todos los obstáculos? Durante los diez primeros meses de mi reclusión llevé la vida pobre y solitaria que te he descrito; todas las mañanas y sin que nadie me viera, iba yo mismo á comprar las provisiones para el día; limpiaba mi cuarto, era á la vez amo y criado e imitaba á Diógenes con increíble orgullo. Pero después de aquel período de tiempo, durante el cual mi patrona y su hija espionaron mis hábitos y costumbres, examinaron mi persona y comprendieron mi miseria, quizás porque también eran muy desgraciadas, establecieronse inevitables vínculos entre ellas y yo. Paulina, esa preciosa criatura cuyas gracias sencillas y secretas me habían llevado allí en cierto modo, me prestó muchos servicios que no pude menos de aceptar. Todos los infortunios son hermanos; tienen el mismo lenguaje, idéntica generosidad, la generosidad de los que, no poseyendo nada, son pródigos de sentimientos, y ofrecen su persona y el tiempo de que disponen. Paulina se hizo insensiblemente mi ama de gobierno, quiso servirme y su madre no se opuso á ello. Y aun ví á esta misma madre repasando mi ropa y poniéndose colorada si la sorprendía en tan caritativa ocupación. Protegido á pesar mío por ambas, acepté sus servicios. Para comprender este sin-

gular afecto, conviene conocer el afán del trabajo, la tiranía de las ideas y esa repugnancia instintiva que cuantos viven por el pensamiento sienten hacia los detalles de la vida material.

¿Podía yo resistir á la delicada atención con que Paulina me llevaba muy quedito mi frugal alimento cuando veía que en seis ó siete horas no había tomado nada? Con la gracia de la mujer y la ingenuidad de la infancia me sonreía haciéndome una seña para decirme que no debía verla. Era Ariel deslizándose como un silfo bajo mi techo y previendo mis necesidades.

Cierta noche Paulina me contó su historia con afectuosa ingenuidad. Su padre había sido jefe de escuadrón de los granaderos de á caballo de la guardia imperial. En el paso del Beresina había caído prisionero de los cosacos; más adelante, cuando Napoleón propuso canjearle, las autoridades rusas le hicieron buscar en vano en Siberia; al decir de otros prisioneros, se había escapado con el propósito de ir á las Indias. Desde entonces la señora Gaudin, mi patrona, no pudo tener noticia alguna de su marido; habían ocurrido los desastres de 1814 y 1815, y sola, sin recursos ni auxilios, había adoptado la determinación de alquilar habitaciones amuebladas para mantener á su hija. Su mayor pesadumbre era no poder dar á Paulina una buena educación, á su Paulina, ahijada de la princesa Borghese, y que habría sabido corresponder á las halagüeñas promesas de su imperial protectora. Cuando la señora Gaudin me confió ese amargo dolor que la mataba, y me dijo con acento desgarrador: "De buena gana daría ese pedazo de papel en que se con-

cede á Gaudin el título de barón del Imperio, y el derecho que tenemos á la dotación de Wistehnan, con tal que Paulina pudiera educarse en San Dionisio;" al oír esto sentí una emoción dolorosa, y para corresponder á los cuidados que me prodigaban aquellas dos mujeres, se me ocurrió brindarme á completar la educación de Paulina. El candor con que ambas aceptaron mi proposición fué igual á la ingenuidad que la dictaba. Dotada la niña de las más felices disposiciones, aprendió con tanta facilidad que al poco tiempo tocaba el piano mejor que yo. Acostumbróse á pensar en alta voz á mi lado, y hacía gala de los mil donaires de un corazón que se abre á la vida como el cáliz de una flor lentamente desarrollada por el sol; me escuchaba con recogimiento y con gusto, fijando en mí sus ojos negros y aterciopelados que parecían sonreír, y me daba sus lecciones con acento suave y cariñoso, atestiguando una alegría infantil cuando me mostraba satisfecho de ella. Su madre, cada día más inquieta por tener que preservar de todo peligro á una joven en la que se iban desarrollando con los años todas las promesas hechas por las gracias de su infancia, veía con gusto que pasaba el día encerrada estudiando. Como mi piano era el único que podía tocar, aprovechaba mis ausencias para ejercitarse en él. Cuando yo volvía encontraba á Paulina en mi cuarto modestamente vestida; pero al menor movimiento, su tallo flexible y sus atractivos personales se revelaban bajo la burda tela. Como la heroína del cuento de Piel de Asno, sus piecitos estaban calzados con innobles zapatos. Pero estos lindos tesoros, esta riqueza

de doncella, todo este lujo de belleza fué como perdido para mí. Me había impuesto la obligación de no ver en Paulina sino una hermana, y me hubiera causado horror faltar á la confianza de su madre. Admiraba á aquella preciosa criatura como se admira un cuadro, como el retrato de una amante difunta. En fin, era mi hechura, mi estatua, y nuevo Pigmalión; quería hacer de una virgen viviente, parlante y sensible, un trozo de mármol. Era muy severo con ella, pero cuánto más la hacía sentir los efectos de mi despotismo magistral, más dulce y sumisa se mostraba. Si me estimularon hidalgos pensamientos en mi discreción y mi continencia, no me faltaron tampoco razones de apoderado. No comprendo la probidad del dinero sin la probidad del pensamiento. Engañar á una mujer ó quebrar ha sido siempre para mí la misma cosa. Amar á una joven ó dejarse amar por ella constituye un verdadero contrato cuyas condiciones deben ser bien comprendidas. Somos muy dueños de abandonar á la mujer que se vende, pero no á la joven que se da, porque ignora la extensión de su sacrificio.

Yo me habría casado con Paulina, pero hubiera sido una locura. ¿No equivaldría á destinar un alma dulce y virgen á terribles desdichas? Mi indigencia hablaba su lenguaje egoísta y venía siempre á poner su mano de hierro entre aquella buena criatura y yo. Además, lo confieso para vergüenza mía, no concibo el amor en la miseria. Quizás sea en mí una depravación hija de esa enfermedad humana que llamamos civilización; pero aunque una mujer poseyera más atractivos que la bella Elena ó la Galatea de Homero, por poco su-

eia que estuviera no ejercería ninguna influencia en mis sentidos. ¡Ah! ¡Viva el amor entre sedas y cachemiras, rodeado de las maravillas del lujo que tan prodigiosamente le engalanan, porque él mismo es quizás un lujo! Me gusta ajar en la satisfacción de mis deseos vistosos trajes, destrozar flores, poner una mano devastadora en los elegantes edificios de un peinado perfumado. Unos ojos ardientes, ocultos por un velo de encaje que las miradas atraviesan como la llamarada rasga la humareda de un cañonazo, me ofrecen fantásticos atractivos. Mi amor quiere escalas de seda para subir por ellas en silencio en una noche de invierno. Qué placer tan grande el llegar, cubierto de nieve, á una cámara alumbrada con perfumes, alfombrada de sedas pintadas y encontrar en ella una mujer que á su vez sacude la nieve porque ¿qué otro nombre dar á esos velos de voluptuosas muselinas al través de las cuales esa mujer se es una vagamente como un ángel en su nube de la que va á salir? Luego necesito también una dicha tímida, una seguridad audaz. En fin, me gusta volver á esa misteriosa mujer, esplendente, en medio del mundo, virtuosa, colmada de deferencias, vestida de blondas, llena de brillantes, dando órdenes en público, y colocada á tanta altura y tan imponente que nadie se atrevía ni á dirigirle súplicas. En medio de su corte me echa una mirada á hurtadillas, mirada que desmiente esos artificios, mirada que sacrifica en mi obsequio el mundo y los hombres. Confieso que cien veces me ha parecido ridículo amar algunas varas de blonda, de terciopelo, de finas batistas, los artísticos esfuerzos de un peluquero, las

bujías, un carruaje, un título nobiliario, coronas heráldicas pintadas por vidrieros ó fabricadas por plateros, en fin, todo cuanto hay de ficción y de menos mujer en una mujer: me he burlado de mí mismo, me he hecho reflexiones, pero en vano. Una mujer aristocrática y su sonrisa fina, la distinción de sus modales y su respeto de sí misma me encantan; cuando pone una barrera entre ella y el mundo, lisonjea en mí todas las vanidades, que son la mitad del amor. Envidiado de todos, mi felicidad me parece más sabrosa. No haciendo nada de lo que hacen las demás mujeres, no andando, no viviendo como ellas, envolviéndose en un manto que las otras no pueden tener, respirando perfumes propios, mi amada me parece ser mucho más mía; cuanto más se aleja de la tierra, aun en lo que el amor tiene de terrenal, más se embellece á mis ojos. Yo habría amado á la reina; pero afortunadamente para mí, en Francia hace veinte años que no la hay. Para tener el porte de una princesa, una mujer debe ser rica. Ante mis novelescas fantasías, ¿qué era Paulina? ¿Podía depararme noches que cuestan la vida, un amor que mata, y pone en juego todas las facultades humanas? No es cosa frecuente morir por pobres muchachas que se entregan.

Jamás he podido disipar estos sentimientos ni estos desvaríos de poeta. Yo había nacido para el amor imposible, y la casualidad ha querido que quedaran realizados con exceso mis deseos. ¿Cuántas veces no he cubierto de raso los pequeños pies de Paulina, aprisionado su talle esbelto como un álamo joven en un vestido de gasa, echado sobre su seno una ligera banda

haciéndome hollar las alfombras de su morada y conduciéndola á un carruaje elegante! De este modo la habría adorado. La atribuía un orgullo que no tenía, la despojaba de todas sus virtudes, de sus gracias sencillas, de su natural delicioso, de su ingenua sonrisa, para sumergirla en la Estigia de nuestros vicios y hacerle el corazón invulnerable, para engalanarla con nuestros crímenes, para hacer de ella la muñeca fantástica de nuestros salones, una mujer delicada que se acuesta por la mañana para renacer por la noche, á la aurora de las bujías. Paulina era todo sentimiento, todo lozania; yo la quería seca y fría. En los últimos días de mi locura el recuerdo me ha presentado á Paulina como nos pintan las escenas de nuestra infancia. Más de una vez me he quedado enternecido, pensando en los momentos deliciosos: ya se me representase aquella preciosa joven sentada junto á mi mesa cosiendo tranquila, silenciosa, recogida y débilmente iluminada por la luz que descendiendo de mi claraboya, producía leves reflejos argentados en su hermosa cabellera negra; ó ya hiriese mis oídos su risa juvenil, ú oyese su voz de sonoro timbre entonando las graciosas cantinelas que componía sin esfuerzo. Mi Paulina se exaltaba con frecuencia al tocar alguna pieza de música, y su rostro se parecía entonces de una manera sorprendente á la noble cabeza con la cual Carlos Dolci ha querido representar la Italia. Mi cruel memoria me presentaba á aquella joven á través de los excesos de mi existencia como un remordimiento, como una imagen de la virtud.

Pero dejemos á la pobre joven entregada á su des-

tino. Por desgraciada que pueda ser, al menos la habré puesto al abrigo de una horrible tempestad evitando arrastrarla á mi infierno. Hasta el invierno pasado, mi vida fué la vida tranquila y estudiosa de la que he procurado darte una débil idea. A principios de diciembre de 1820 encontré á Rastignac que, á pesar del estado miserable de mi traje, me dió el brazo y me preguntó por mi situación con interés verdaderamente fraternal; cogido en la liga de su proceder conmigo, le referí en pocas palabras mi vida y mis esperanzas, y él se echó á reír y me trató á la vez de hombre de genio y de majadero. Su voz gaseona, su experiencia del mundo, la opulencia que debía á su buen carácter y habilidad, influyeron en mí de un modo irresistible. Rastignac me supuso ya muerto en el hospital, desconocido como un necio, presidió mi propio entierro y me echó en la fosa común. Me habló de charlatanismo. Con esa amable facundia que le hace tan seductor, me dijo que todos los hombres de genio eran unos charlatanes: añadíome que yo tenía un sentido de menos, una causa de muerte si continuaba solo en la calle de Cordeleros. En su concepto, debía frecuentar la sociedad, acostumar á las gentes á pronunciar mi nombre y despojarme del humilde "señor" que no sentaba bien á un grande hombre mientras viviese.—Los imbéciles llaman á este oficio "intrigar," dijo: las personas de moral le proscriben con la frase de "vida disipada;" no hagamos caso de los hombres y veamos los resultados. Tú trabajas; pues bien, jamás harás nada. Yo soy á propósito para todo y bueno para nada; perezoso como una langosta, y sin embargo, todo lo consigo. Me me-

to por todas partes, empujo y me hacen sitio; me alabo y me creen; contraigo deudas y me las pagan. La disipación, amiguito, es un sistema político. La vida de un hombre ocupado en comerse su fortuna es á menudo una especulación; coloca sus capitales en amigos, en placeres, en protectores, en conocidos. Si un negociante arriesga un millón, no duerme, ni bebe, ni se divierte en veinte años; no aparta los ojos de su millón, le hace trotar por toda Europa, se aburre, se da á todos los demonios que el hombre ha inventado; luego viene una liquidación, como he visto muchas que le deja sin un sueldo, sin un nombre, sin un amigo. En cambio el disipador se divierte en vivir, en hacer correr sus caballos. Si por casualidad pierde sus capitales, tiene la suerte de ser nombrado recaudador general de contribuciones, ó de casarse bien, ó de ser agregado de un ministro ó de un embajador. Sigue teniendo amigos, una reputación y nunca le falta dinero. Conocedor de los resortes del mundo, los maneja en provecho propio. O soy un loco ó este sistema es el lógico. ¿No es la moral de la comedia que todos los días se representa en el mundo? Has concluído tu obra, repuso después de una pausa; tienes un talento inmenso. Pues bien, llegas á mi punto de partida. Ahora es preciso que tú mismo te labres tu buen éxito. Irás á celebrar alianzas con las camarillas, á conquistar propagandistas. Yo quiero entrar á medias en tu gloria; seré el joyero que habrá engarzado los diamantes de tu corona. Para empezar, espérame aquí mañana por la noche; te presentaré en una casa á la que va todo París, nuestro París, el de los elegantes, de

los millonarios de las celebridades, en fin, de hombres que hablan de oro como Crisóstomo. Cuando esta gente ha adoptado un libro, el libro se pone de moda; y si en realidad es bueno, han dado una patente de genio sin saberlo. Si tienes talento, hijo mío, tú mismo harás la fortuna de tu teoría comprendiendo mejor la teoría de la fortuna. Mañana por la noche verás á la bella condesa Fedora, la mujer de moda.—Nunca he oído hablar de ella.—Pues eres un cafre, dijo Rastignac riendo. ¡No conocer á Fedora! Una mujer casadera que tiene cerca de ochenta mil libras de renta que no quiere á nadie ó á quien nadie quiere. Especie de problema femenino, parisiense mediõ rusa ó rusa medio parisiense; mujer en cuya casa se editan todas las producciones románticas que no salen á luz, la dama más hermosa de París, la más graciosa. Ni siquiera eres cafre, sino el animal intermedio entre el cafre y el animal.—Hizo una pirueta y se marchó sin aguardar mi respuesta, no pudiendo admitir que un hombre razonable se negara á ser presentado á Fedora.

¿Cómo explicar la fascinación de un nombre? Fedora me persiguió como un mal pensamiento con el cual se procura transigir. Una voz me decía: Irás á casa de Fedora. Y por más que procuraba desasirme de aquella voz y decirle que mentía, destruía todos mis razonamientos con este nombre: Fedora. Pero este nombre, esa mujer: ¿no eran el símbolo de todos mis deseos y el tema de mi vida? El nombre despertaba las poesías artificiales del mundo, hacía brillar las fiestas del París de alta posición y los oropeles de la vanidad. La mujer se me aparecía con todos los problemas de la

pasión que me habían enloquecido. Tal vez no eran el nombre ni la mujer, sino todos mis vicios los que se erguían en mi alma para tentarme de nuevo. La condesa Fedora, rica y sin amante, resistiendo á todas las seducciones parisienses, ¿no era la encarnación de mis esperanzas, de mis visiones? Me creé una mujer, la traté en mi mente la soñé. Aquella noche no dormí; creí ser su amante, hice pasar en pocas horas una vida entera, vida de amor, y saboreé sus fecundas, sus ardientes delicias. Al otro día, no pudiendo soportar el suplicio de aguardar pacientemente hasta la noche, fuí á alquilar una novela y pasé el día leyéndola, poniéndome así en la imposibilidad de pensar y medir el tiempo. Durante la lectura el nombre de Fedora resonaba en mis oídos como un sonido que se percibe á lo lejos, que no perturba, pero que se hace escuchar. Afortunadamente, conservaba aún un frac negro y un chaleco blanco bastante pasaderos; además de toda mi fortuna me quedaban unos treinta francos que había diseminado entre mi ropa y en los cajones con objeto de poner entre una moneda de cinco francos y mis caprichos la barrera espinosa de una rebusca y los azares de una circunnavegación por mi cuarto.

En el momento de vestirme perseguí mi tesoro á través de un océano de papeles. La penuria de mis fondos puede hacerte comprender cuántas riquezas se me llevaron la compra de un par de guantes y el alquiler de un coche: se comieron mi pan de todo un mes. ¡Ah! Nunca nos falta dinero para nuestros caprichos, ni regateamos más que el precio de las cosas útiles ó necesarias. Arrojamus el oro con indiferencia á bai-

larinas, y somos cicateros con un obrero cuya familia hambrienta aguarda el pago de una factura. ¡Cuántas personas tienen un frac de cien francos, un diamante en el puño de su bastón, y comen por veinticinco sueldos! Nos parece que nunca pagamos bastante caros los placeres de la vanidad. Rastignac, puntual á la cita, se sonrió de mi melancolía y me gastó alguna broma sobre ella; pero, mientras íbamos á casa de la condesa, me dió caritativos consejos acerca del modo de proceder con ella; me la pintó como mujer avara, vana y desconfiada; pero avara con fausto, vana con sencillez y desconfiada con buen natural.—Ya conoces mis compromisos, me dijo, y sabes cuánto perdería cambiando de amor. Por lo mismo, al observar á Fedora, he sido desinteresado, he tenido sangre fría, y mis observaciones deben ser justas. Al ocurrírseme presentarte en su casa, he pensado en tu fortuna; ten, pues, en cuenta todo lo que le digas, porque tiene una memoria cruel, y una sagacidad capaz de desesperar á un diplomático, tanta, que sabría adivinar cuando dice la verdad. Aquí para entre nosotros, creo que el emperador no ha reconocido su casamiento, porque el embajador de Rusia se echó á reír cuando le hablé de ella, y no la recibe y la saluda muy ligeramente cuando la encuentra en el Bosque. Sin embargo, concurre á las casas de las señoras de Serizy, de Nucingen y de Restaud. En Francia goza de buena reputación, y la duquesa de Carigliano, la mariscal de "más alto copete" de toda la camarilla bonapartista, va á menudo á pasar con ella el verano en su tierra. Muchos jóvenes fatuos, el hijo de un par de Francia

le han ofrecido su nombre á cambio de su fortuna; pero á todos los ha rechazado cortesmente. Quizás no comience su sensibilidad sino á partir del título de conde. ¿No eres marqués? Pues adelante si esa mujer te gusta. Esto es lo que se llama dar instrucciones.—Esta broma me hizo creer que Rastignac tenía gana de reír y de picar mi curiosidad, de suerte que mi pasión improvisada había llegado al paroxismo cuando nos detuvimos delante de un peristilo adornado de flores. Al subir por una ancha escalera alfombrada, en la que observé todos los refinamientos del "comfort" inglés, me palpité con fuerza el corazón; me sonrojaba, desmentía mi origen, mis sentimientos, mi orgullo; era neciamente burgués. ¡Ah! Salía de una buhardilla, después de tres años de pobreza, sin saber aún poner sobre las bagatelas de la vida esos tesoros adquiridos, esos inmensos capitales intelectuales que nos enriquecen en un momento cuando el poder cae en nuestras manos sin abrumarnos, porque el estruendo nos ha formado de antemano para las luchas políticas. Ví una mujer de unos veintidós años, de estatura regular, vestida de blanco, rodeada de un círculo de hombres, tendida más bien que sentada en un largo sillón y con un abanico de plumas en la mano. Al ver entrar á Rastignac se levantó, acudió á nuestro encuentro, saludó con gracia, y con voz melodiosa me dirigió un cumplido preparado probablemente; mi amigo me había anunciado como hombre de talento, y su arte, su énfasis gascón me proporcionaron una acogida lisonjera. Fuí objeto de una atención particular que me dejó confuso; mas por fortuna Rastignac había hablado de mi modestia. Encontré allí eruditos, literatos, exminis-

tros, pares de Francia. Prosiguió la conversación algún tiempo después de mi llegada, y conociendo que debía sostener mi reputación, me tranquilicé; luego, sin abusar de la palabra cuando se me concedía, procuré resumir las discusiones con palabras más ó menos incisivas, profundas ó ingeniosas. Produje alguna sensación, y por milésima vez en su vida, Rastignac fué profeta.

Cuando hubo bastante gente para que cada cual recobrase su libertad, mi introductor me dió el brazo y nos paseamos por los aposentos.—No parezcas demasiado maravillado de la princesa, me dijo, porque adivinaría el motivo de tu visita.—Los salones estaban amueblados con gusto exquisito, y en ellos ví cuadros de mérito. Cada habitación tenía, como en las casas de los ingleses más opulentos, su carácter particular, y los tapices de seda, los adornos, la hechura de los muebles, el más insignificante decorado armonizaba con un pensamiento inicial. En un retrete gótico, cuyas puertas estaban ocultas con cortinajes de tapicería, las cenefas de las telas, el reloj, los dibujos de la alfombra, todo era gótico; el techo, formado de vigas pardas esculpidas, presentaba á la vista un artesonado lleno de gracia y de originalidad; las maderas de las paredes estaban artísticamente labradas; nada destruía el conjunto de aquella preciosa ornamentación, ni aun las vidrieras de hermosos cristales de colores. Me quedé sorprendido al aspecto de un saloncito moderno, en el que no sé qué artista había extremado el arte de nuestro decorado, tan ligero, tan fresco, tan suave, sin brillo chillón, sobrio de dorados; era amoroso y vago como una balada alemana; un verdadero retrete fabricado para una pasión de 1827 y perfumado con jardi-

neras llenas de flores raras. Junto á ese diván vi una estancia dorada en la que revivía el gusto del siglo de Luis XIV que, opuesto á nuestras pinturas actuales, producía un contraste extraño pero agradable.—Aquí estarás bien alojado, me dijo Rastignac con una sonrisa en la que se adivinaba cierta ironía. ¿No te parece esto seductor? preguntó sentándose.—De pronto se levantó, me cogió de la mano, me llevó á la alcoba y me mostró, bajo un pabellón de muselina y de moaré blancos, un lecho voluptuoso tenuemente alumbrado, verdadero techo de una joven hada novia de un genio.—¿No crees, dijo en voz baja, que hay impudor, insolencia y coquetería desmedida en dejarnos contemplar este trono del amor? ¿En no entregarse á nadie y permitir que todo el mundo deje aquí su tarjeta? Si yo fuera libre, quisiera ver á esa mujer perdida y llorando á mi puerta.—¿Tan seguro estás de su virtud?—Los más audaces de nuestros maestros en galanteos, los más hábiles, confiesan que se han estrellado ante ella; la aman todavía y son sus amigos más leales. ¿Acaso no es un enigma esa mujer?—Estas palabras me produjeron una especie de embriaguez; mis celos temían ya el pasado. Temblando de satisfacción, volví presuroso al salón donde había dejado á la condesa, á la que encontré en el retrete gótico. Me detuvo con una sonrisa, me hizo sentar á su lado, me preguntó por mis trabajos y pareció interesarse vivamente en ellos, sobre todo cuando le expuse mi sistema, valiéndome de bromas en lugar de emplear un lenguaje de profesor para desarrollárselo doctoralmente. Pareció hacerle mucha gracia el saber que la voluntad humana era una fuerza material semejante al vapor; que en el mundo

moral no había nada que resistiera á esa potencia cuando un hombre se acostumbraba á concentrarla, á manejar su cantidad, á dirigir constantemente sobre las almas la proyección de esa masa fluida, y que ese hombre podría á su arbitrio modificarlo todo relativamente á la humanidad, hasta las leyes absolutas de la naturaleza. Las objeciones de Fedora me revelaron que tenía cierta sutileza de ingenio; me complací en darle la razón en ciertos momentos para halagarla, y luego destruí sus razonamientos de mujer con una palabra, llamando su atención hacia un hecho diario en la vida, el sueño, hecho vulgar en la apariencia, pero en el fondo lleno de problemas insolubles para el sábio, y así piqué su curiosidad. La condesa llegó á quedarse un rato callada cuando le dije que nuestras ideas eran seres organizados, completos, que vivían en un mundo invisible é influían en nuestros destinos, citándole como pruebas los pensamientos de Descartes, de Diderot, de Napoleón, que habían sido y eran todavía guías de un siglo. Tuve el honor de distraer á aquella mujer tan difícil de contentar, y se separó de mí invitándome á volver á verla.

Ya fuese porque, según mi laudable costumbre, tomase las fórmulas de urbanidad por palabras salidas del corazón, ó porque Fedora viese en mí alguna celebridad futura, y quisiera aumentar su colección zoológica de sabios, lo cierto fué que creí agradaarla. Evoqué todos mis conocimientos fisiológicos y mis estudios anteriores sobre la mujer para examinar minuciosamente durante aquella velada aquella mujer singular y sus modales; escondido en el alféizar de una ventana espí sus pensamientos buscándolos en su actitud, estu-

diando aquel ir y venir de una dueña de casa que se sienta y habla, llama á un hombre, le interroga, y se apoya para escucharle en el quicio de una puerta. Observé en su modo de andar un movimiento tan airoso, una ondulación del traje tan graciosa, excitaba tan poderosamente el deseo, que entonces abrigué cierta incredulidad acerca de su virtud. Si Fedora desconocía en aquel entonces el amor, en otro tiempo debió ser muy apasionada, porque hasta en el modo como se ponía delante de su interlocutor, se echaba de ver cierta voluptuosidad entendiada; se sostenía en la pared con coquetería, como mujer próxima á caer, pero también pronta á huir si una mirada demasiado viva la intimidaba. Los brazos inelmente cruzados, pareciendo respirar las palabras, escuchándolas hasta con la mirada y con benevolencia, exhalaba el sentimiento. Sus labios frescos y rojos se destacaban sobre una blanquísima tez. Sus cabellos castaños hacían resaltar el color anaranjado de sus ojos surcados de venillas como una piedra de Florencia, y cuya expresión parecía añadir sutileza á sus palabras. En fin, su corpiño, estaba adornado de las gracias más atractivas. Una rival habría acusado tal vez de dureza las pobladas cejas que parecían juntarse y censurado el vello imperceptible que rodeaba los contornos del rostro.

Yo ví la pasión impresa en toda ella. El amor estaba escrito en los párpados italianos de aquella mujer, en sus hermosos hombros dignos de la Venus de Milo, en su labio inferior un poco grueso y ligeramente sombreado. Era más que una mujer, era una novela; sí, aquellas riquezas femeniles, el conjunto armonioso de las líneas, las promesas que aquella rica escultura

hacia á la pasión, estaban atemperadas por una reserva constante, por una modestia extraordinaria, que contrastaban con la expresión de toda la persona. Era precisa una observación tan sagaz como la mía para descubrir en aquella naturaleza las señales de un destino de voluptuosidad. Para explicar más elamente mi pensamiento, debo decir que había en Fedora dos mujeres separadas por el busto tal vez; una fría, cuya cabeza parecía ser la única capaz de amor; antes de fijar sus ojos en un hombre, preparaba la mirada, y como si ocurriera algo misterioso en sí misma, habríase creído notar una convulsión en sus ojos tan brillantes. En fin, ó mi ciencia era imperfecta y aun me quedaban muchos secretos por descubrir en el mundo moral, ó la condesa poseía un alma hermosa cuyos sentimientos y emanaciones comunicaban á su fisonomía ese hechizo que nos subyuga y nos fascina, ascendiente puramente moral y tanto más poderoso cuanto que concuerda con las simpatías del deseo.

Sali de allí encantado, seducido por aquella mujer, embriagado por su lujo, halagado en todo lo noble, vicioso, bueno y malo, que había en mi corazón. Al sentirme tan conmigo, tan dotado de vida, tan exaltado, creí comprender el atractivo que conducía allí á aquellos artistas, diplomáticos, políticos y agiotistas forrados de hierro como sus cajas; sin duda iban á buscar junto á ella el atractivo delirante que hacía vibrar en mí todas las fibras de mi ser, flagelaba mi alma hasta en la menor vena, excitaba el más delgado nervio y hacía retemblar mi cerebro. Ella no se había entregado á nadie por conservarlos á todos. Una mujer es coqueta mientras no ama.—Además, dije á Rasti-

gnac, debe haber sido casada á la fuerza ó vendida á algún viejo, y el recuerdo de sus primeras nupcias ha hecho que la horrorice el amor.—Regresé á pie desde el arrabal San Honorato donde vive Fedora. Entre su casa y la calle de los Cordeleros media casi todo París; el camino me pareció corto, y eso que hacía frío. ¡Empezar la conquista de Fedora, en un crudo invierno, cuando yo no disponía siquiera de treinta francos y la distancia que nos separaba era tan grande! Tan sólo un joven pobre puede saber los gastos que irroga una pasión en carruajes, guantes, ropa exterior é interior, etc. y si el amor es algún tiempo platónico, llega á ser ruinoso. En verdad, hay Lauzuns de la Escuela de derecho á los cuales les es imposible acercarse á una pasión que vive en un primer piso. Y ¿cómo podría luchar yo, débil, delicado, vestido modestamente, pálido como artista convaleciente de una obra, con jóvenes rizados, guapos, rozagantes, con elegantes corbatas, ricos, armados de tilburis y vestidos de impertinencia?—¡Bah! ¡Fedora ó la muerte! exclamé al volver de un puente. ¡Fedora es la fortuna! El hermoso retrete gótico y el saloncito á lo Luis XIV pasaron por delante de mis ojos y ví otra vez á la condesa con su vestido blanco, sus grandes y graciosas mangas, su contingente seductor y su corpiño tentador.

Cuando llegué á mi buhardilla desmantelada, fría, tan desarreglada como la peluca de un naturalista, aun me asediaban las imágenes del lujo de Fedora. Aquel contraste era un mal consejero; los crímenes deben nacer así. Entonces maldije, temblando de rabia, mi decente y honesta miseria, mi buhardilla fecunda en la que habían surgido tantos pensamientos.

Pedí cuenta á Dios, al demonio, al estado social, á mi padre, al universo entero, de mi destino, de mi desdicha; me acosté hambriento, murmurando risibles imprecaciones, pero firmemente resuelto á seducir á Fedora. Aquel corazón de mujer era un billete de lotería que llevaba consigo mi fortuna. Te haré gracia de mis primeras visitas á Fedora para llegar cuanto antes al drama. Mientras procuraba dirigirme al alma de aquella mujer, intenté apoderarme de su espíritu, hacer que fuera vanidosa para mí. A fin de tener la seguridad de ser amado, le alegué mil razones para que se amara á sí misma. Jamás la dejé en un estado de indiferencia; las mujeres quieren emociones á toda costa y yo se las prodigué; la habría hecho montar en cólera antes que verla indiferente conmigo. Si al principio, animado de una voluntad firme y el deseo de hacerme amar, adquirí algún ascendiente sobre ella, en breve creció mi pasión, no fui ya dueño de mí mismo, caí en lo verdadero, me perdí y quedé perdidamente enamorado. No sé á ciencia cierta qué es lo que en poesía ó en la conversación llamamos amor; pero no he encontrado descrito ni pintado en ninguna parte el sentimiento que se desarrolló de pronto en mi doble naturaleza, ni en las frases retóricas y estudiadas de J. J. Rousseau, cuyo cuarto tal vez ocupaba yo, ni en las frías concepciones de nuestros dos siglos literarios, ni en los cuadros de la Italia. La vista del lago de Bienna, algunos motivos de Rossini, la Concepción de Murillo, que posee el mariscal Soult, las cartas de Lescombat, ciertas palabras esparcidas en las colecciones de anécdotas, pero sobre todo las oraciones de los extáticos y algunos pasajes de nuestros fabulistas, son

los únicos que me han podido transportar á las divinas regiones de mi primer amor. No hay nada en los lenguajes humanos, ninguna traducción del pensamiento hecha por medio de colores, de mármoles, de palabras ó de sonidos, podría representar el nervio, la verdad, lo acabado, la rapidez del sentimiento en el alma. ¡Si quien dice arte dice mentira! El amor pasa por transformaciones infinitas antes de mezclarse por siempre con nuestra vida y de teñirla perennemente con su color de llama. El secreto de esta infusión imperceptible escapa al análisis del artista. La verdadera pasión se expresa con gritos, con suspiros enojosos para un hombre frío. Es preciso amar sinceramente para participar de los rugidos de Lovelace al leer "Clarisa Harlowe." El amor es un manantial sencillo, salido de su lecho de hierbas, de flores, de arena, que convirtiéndose en arroyo ó en río, cambia de naturaleza y de aspecto á cada oleada, y se vierte en un incommensurable océano en el que los espíritus incompletos ven la monotonía, y las grandes almas se abisman en perpetuas contemplaciones. ¿Cómo atreverse á describir esas tintas transitorias del sentimiento, esas fruslerías que tienen tanto valor, esas palabras cuyo acepto agota los tesoros del lenguaje, esas miradas más fecundas que los más ricos poemas? En cada una de esas escenas místicas por las cuales nos prendamos insensiblemente de una mujer, se abre un abismo capaz de devorar todas las poesías humanas. ¿Cómo podríamos reproducir por medio de glosas las vivas y misteriosas agitaciones del alma, si nos faltan palabras para expresar los misterios visibles de la belleza? ¡Qué fascinaciones! ¡Cuántas horas he pasado sumido